

CAPITULO VI.

UNA VISITA AL MERCADO DE ESCLAVOS
EN ESMIRNA.

—o—

Habíamos estado vagando de acá para allá por algún rato en el alegre y bullicioso bazar, cuando, dirigiéndome á mi dragoman, le hice esta pregunta:—¿A dónde está el mercado de esclavos? —Estaba turbado, y me contestó que éste ya no existía en Esmirna. Como que yo había sabido todo lo contrario, no era natural que quedara satisfecho con esta respuesta; de suerte que dirigí mis pasos al despacho de nuestro cónsul, el que me informó que los turcos aparentan ante los cristianos que este mercado no existe ya, causandoles alguna vergüenza esta venta bárbara de seres

humanos. No obstante esto, siempre pensé que no debíamos abstenernos (por consideracion al musulman) de visitar este interesantísimo lugar, y me mantuve fiel á mi propósito. Despues de esto, uno de los empleados del consulado nos dió una contraseña para poder entrar por cierta puerta; le comprendimos y seguimos sus huellas. En un portal que estaba bajo de una casa, se hallaban los vendedores de esclavos, vestidos con ricos trajes turcos. Fumaban pipas y "narghiles," recargados contra la pared; y tenían una expresian fria y casi idiota. A su lado habia unos cuantos esclavos cubiertos con una ropa blanca y unos trapos color de castaña.

Estos negros se apartaron de nuestras miradas de curiosidad, con quietud y en silencio. Sus fisonomías son repugnantes, sus figuras pobres y débiles; sin embargo, su porte, como el de todo suriano, es suelto y casi noble. Despues de pasar la puerta, entramos al patio mas chico. Aquí yacia, ante nuestra vista, el cuadro de la mas espantosa miseria y amargura.

En el suelo, polviento y lodoso, estaban unos grupos de negras medio desnudas. Habia colocadas cinco y seis juntas en unos petates, y tenían unas posturas variadas y artísticas. Su escasa ropa consistia en unos cobertores de un color azul y verde,

y con estos se cubrian sus delgados cuerpos lo mejor que podian. Entré estas habia algunas que tenían su lanudo cabello envuelto con un trapo. Todo se veia negro y mas negro en este lugar horrible. La tez de los hombres, sus trajes, el piso, la escasa vegetacion que cubria la choza en ruinas, todo tenia un aspecto espantoso.

Unas cuantas de estas mujeres se mofaron con una expresion estúpida y una sonrisa de desprecio, é hicieron con sus largas y duras manos unos movimientos medio cómicos; parece que nuestra presencia les causó un efecto ridículo. Sin embargo, otras se fijaron en nosotros con una mirada vaga: parecian cuerpos sin alma. Habia otras que estaban paradas junto á las puertas caidas de sus habitaciones, las que en Europa no se les hubiera considerado bastante buenas aun para cuadras. Una de estas mujeres tenia una especie de lepra en los piés, debida á una larga caminata bajo el sol. Esta criatura desgraciada estaba allí acabándose sin ayuda; la vista de esta, casi me enfermó de compasion y de disgusto. En el centro de este lugar habia un árbol seco, en cuyas ramas estaba colgada una jaula con tres pericos de un color pardo, y estos los ofrecia de venta un muchacho turco, á razon de veintitres francos cada uno. Así es que, en este lugar, los hom-

bres y los animales son comprados por sus semejantes:—un pensamiento degradante.—Muchos de esos cristianos, filántropos que se lamentan, que alaban y oyen alabar diariamente esa máxima del amor al prójimo, son los que compran con oro incontable estos pájaros emplumados; mientras que sus semejantes son vendidos en mucho menos precio. Sin embargo, sería incurrir en un error el creer que á estas gentes se les haría felices dándoles su libertad. Hay mas que considerarse sobre esto, de lo que generalmente se piensa. En su país natal, estos hombres viven en un estado animal y salvaje; y debido solo á la profunda degradacion en que están sumergidos, es fácil el poderlos coger y venderlos. Podrédos hacer tentativas para llevar el remedio al centro de la Africa por medio de misiones y de la civilizacion; pero el hombre rara vez va á dar hasta el fondo del mal, y se satisface con solo el remedio momentáneo y aparente! Desde el momento en que estos hombres llegan á ser propiedad del musulman, son verdaderamente desgraciados. Se les arrea, desnudos, lo mismo que á una manada de ganado, desde su país natal hasta Esmirna; y solo cuando están ya en el mercado se les da esa ropa de ese color azul y pardo. Su alimento se compone de una especie de pan negro. Estas "bes-

tias feroces," como les llamaba el dragoman, de niños, si son afables, cuestan de cien á ciento cincuenta francos; pero si son testarudos, solo cuarenta ó cincuenta francos. Uno de los muchachos moriscos, que parecia mejor cuidado y que estaba vestido con el traje turco, al aproximarnos para mirarlo mas de cerca, nos escupió: tenia una expresion de cólera de la mas terrible.

Los esclavos blancos son traídos á este mercado rara vez. Solo vimos entre estas negras apariciones, á una mujer sumamente hermosa, de tez clara; estaba vestida con un traje especial y rico, y ofrecia viandas en derredor. Algunos aseguraban que era una judía inspectora de los esclavos; otros decian que era una circasiana, y que estaba de venta. Sus facciones eran nobles: tenia unas cejas hermosamente arqueadas; los ojos cortados en forma de almendra, con una expresion melancólica; la nariz derecha y oriental, y una boca oblonga y delicada; su tez era pálida y algo abronzada; su cuerpo gracioso y bien formado; su acastafiado cabellolo tenia cubierto por una redicilla de oro, á la que estaba unido un hermoso velo que le colgaba, formando unos dobleces aéreos. Su corpiño y la enagua eran de un material variado y oriental; y, por consiguiente, venia á ser el único rayo de luz en medio de ese mar pardusco.

Oí decir que los esclavos tenían una vida, en lo que cabe, feliz despues de que los compraban. Son tratados como criados, y les alcanzan esas antiguas distinciones patriarcales. Esto me causó algun consuelo al apartarme de este lugar de los horrores.

Despues ví en los bazares á algunas moras que, con semblante alegre, iban acompañando á sus amas cubiertas con sus velos. La miseria espantosa está en el estado primitivo de estos hombres, y solo la civilizacion es la que les puede dar ayuda.

CARITULO VII.

EL BAZAR DE ESMIRNA.

¿Quién es aquel que no ha leído las Mil y Una Noches? ¿Quién es el que no ha soñado en ese lujo asáltico, de la abundancia y de la magnificencia oriental, y de las encorvadas y fantásticas figuras de los camellos cargados de tesoros? ¿Quién no ha oído hablar del útil amigo doméstico de Oriente, el industrioso asno? Todo esto lo encontrará reunido el lector en las calles de Esmirna, las que están cubiertas con madera y colgaduras de lienzo, y esto es á lo que los musulmanes llaman bazares.

Cuando me encontré por vez primera en estas calles largas y cubiertas de lo alto, me imaginaba